CAPITULO III

Supervivencia del Partido Conservador.—Sus Aliados Naturales.—El Injerto Clerical.—Pacto Tenebroso. Conspiracion Abierta.—Don Porfirio en Plena Actividad.—Halagos y Vagas Promesas.—El "Injusto Abandono" y la "Genreosidad" de Diaz.—Movimientos Revolucionarios de 1868 a 1871.

El elemento clerical, derrotado y todo, no permanecía inactivo. En circunstancias semejantes un partido se mueve por espíritu de conservación, y por su propia gravedad cae y encaja en el bando más débil. De partido se convierte en injerto; y no en facción, porque las facciones sólo nacen de las derrotas á medias. Era obvio que al lado de los *juaristas*, los conservadores é infidentes, ó los que ambas cosas habían sido, no podrían ni pretenderían encontrar apoyo. El *lerdismo*, no puede decirse que fuera partido entonces; y aun siéndolo, nadie ignora que en este punto Lerdo era tan intransigente como Juárez. En cuanto á Iglesias, en él no había ambiciones: ni formaba, ni quería formar partido.

El Ejército estaba profundamente dividido; no había entonces pan, ni mucho menos grangerías para todos. Después de una gran revuelta, continuada largo tiempo, el

Estado se encuentra siempre con un excedente de brazos enteramente inútiles; si no es para convertirse en *garras*, como acontecía durante las interminables luchas de la Edad media. Entre estos brazos inútiles, ó desechados, todos suman. Unidos bien pronto por la pasión brutal del resentimiento, hacen causa común, sacrifican los principios y aúnan sus torpes esfuerzos. La lucha en perspectiva no es ya cuestion de ideales; deriva de la necesidad material de vivir conforme á costumbre adquirida. Y á ésta necesidad de vivir, material, fisiológica, se sacrifican odios, rencillas que pertenecen al orden moral. Si un muro va á derrumbarse, y amenaza al mismo tiempo á un cristiano, un musulmán y un judío, los tres trabajan de consuno, aúnan sus fuerzas para evitar el desastre. Y de esta suerte se explica, que los aristócratas opulentos de Méjico, la cleresía encumbrada, y el elemento conservador militante, que respiraba á medias—temiendo ser oído y quizás sofocado,—en el subsuelo de la sociedad mejicana, volvieran con avidez las miradas hacia..... ¡La Hacienda de la Noria!

De allí, y sólo de allí, podía volver la salud.

Lo repetimos, Juárez, Iglesias y Lerdo eran unos magníficos testarudos: nada había que esperar de ellos.

¿Ignoraban los hombres de la Intervención, cuál era el lado vulnerable del liberalismo, en aquellos momentos de reconstrucción política? ¡Cómo, si entre los conservadores estaban los hombres más sagaces de entonces, salvo media docena de liberales ilustres? Su causa era mala; bien está, y merced á ello el triunfo final les sería casi imposible; pero, desconocer la finura de su olfato, es pueril y hasta ridículo. Asi es que apenas se anuncia el reflujo revolucionario, y ya en las crestas de las olas que vienen, vénse cabalgar *todos* los periódicos conservadores é intervencionistas de la República.

¿Y qué era este elemento? ¿Algo nuevo? ¿El mismo partido conservador, derrotado y magullado por los Zaragoza, González Ortega, Zuazúa, Escobedo, Tapia y Díaz? Nó; era *algo* muy distinto. Algo más formidable y serio:

era la conspiración en las tinieblas, la Reforma bañada en agua bendita; nó ya mostrándose, sino arrastrándose; nó ya tigre, sino víbora.

—¿Qué iba á suceder?

—En una de las ramas del liberalismo triunfante, iba á inyectarse sangre corrompida, casi sangre de cadáver. Los conservadores no iban á salir al campo, á buen seguro, con sus antiguos pabellones: estaban ya podridos con la sangre y el lodo. Tampoco podrían presumir que el contubernio fuese publicado *urbi et orbi:* hay alientos que manchan y rubores que queman; y ni á éstos ni á aquéllos se expondrían, los que aún ostentaban limpios blasones de gloria comprados caramente. Los más grandes delitos no lo son para el mundo, si nunca llegan á ser conocidos. También entre políticos se estila el juramento profesional. Por consiguiente, el nuevo partido porfirista, ya engendrado en 1868, ocultaría su "sangre musulmana;" pero no por ello renunciaría á los beneficios que le reportase. Y en consecuencia de ese pacto, de esa "*entente cordial,*" como se quiera llamarlo, el partido conservador no había muerto, quedaba diluído en el *porfirista.*--En ocasión oportuna, ya estudiaremos en esta Serie de libros, el ascenso progresivo de su savia vigorosa.

Contrario á lo que sería de esperarse en los tiempos actuales, en aquellos años la conspiración fué franca. Hombres de la categoría de Ignacio Ramírez, Benítez, Zamacona, Ogazón y Vallarta, no tardaron en desenmascararse y arrojarle el guante á Don Benito. Negrete, García de la Cadena, Aureliano Rivera y Toledo, habían conferenciado con el Caudillo en su Hacienda—y conspirado á medias á la hora de los postres.

Hallábase Don Porfirio en correspondencia activa con cien jefes de alta y baja graduación, á la sazón diseminados por la República entera—de Tabasco á Sonora y de Tamaulipas y Nuevo León á Jalisco y Sinaloa—haciendo gimnacia diplomática. Porque conviene saber, que ya para entonces poseía el arte de la impenetrabilidad picante, quisquillosa, y á la vez *elocuente.* Elocuente, de cierta manera,

es á saber, los interlocutores y comensales, tras una larga conversación con él, creían haberse enterado de todo; á pesar de que nada les había dicho. Cierto militar nos relató el caso siguiente, hace algunos años. "Cuando llegué de vuelta á Oajaca, me dieron ganas de retroceder á la Hacienda de la Noria, para preguntarle al General en qué habíamos quedado. En verdad, no lo sabía. Y sin embargo, habíale dicho adios, plenamente satisfecho de estar enterado á fondo de lo que se tramaba contra el Gobierno de Don Benito."

Veamos ahora cuáles fueron los resultados inmediatos de todos aquellos ajetreos políticos y conspiraciones.

Ya hemos asentado que la codicia del poder supremo se apoderó de Don Porfirio, tan luego como triunfó definitivamente la causa de la libertad y de la República. Pero la gloria de Juárez era demasiado esplendente en aquel momento político y suficientemente esclarecido el criterio de Díaz, para que éste pensara en alzar el pendón revolucionario á raíz del triunfo y sin preparación previa. Imprudente anduvo, sí, y falto de mesura hasta no dejar duda de sus más recónditas ambiciones; pero sus consejeros no eran de escasa valía intelectual y le mantuvieron dentro de los límites de la hostilidad circunspecta.

A pesar de todo, es indudable que ni el Sr. Presidente, ni ninguno de sus Ministros, tomó entonces por lo serio las muecas agresivas del displicente Caudillo; pues ni su pasado militar—brillante y modesto á la vez— ni su educación, ni sus tendencias, le habían abierto brecha en lo pasado, por la senda de las magistraturas. Puestos había ocupado, cierto es, de la administración civil; pero en circunstancias anormales, ó transitorias, y con más carácter militar que administrativo. Se le creía un soldado de conciencia y buena fe, ignorante y aguerrido, valiente y bonachón; capaz de rabietas, pero incapaz de trastornar seriamente el orden público, si no era empuñando el estandarte por algún patricio ilustre, por ejemplo, Iglesias ó Lerdo; mas, de estos encumbrados personajes, nada había que temer: no pertenecían al gremio de las asonadas. En su consecuencia, el hecho mismo de ser él el candidato, era una garantía moral para el Gobierno de su buen comportamiento. De esta manera se explica fácilmente, que se le hubiera permitido permanecer y hacer de las suyas en LA NORIA, siendo su hermano Don Félix Gobernador del Estado de Oajaca.

Importa asentar aquí, que no se hallaba "relegado al olvido," ni "abandonado," el Sr. Gral. Díaz (como algunos afirman, y antes hicimos notar), sino disfrutando del sueldo de General de División en cuartel; y aunque por ostentación vanidosa de desafecto, dizque "consagraba *integro* su sueldo á la erección de un gran puente sobre el río Atoyac," la verdad es que se carece de datos sobre la materia: los de su tenedor de libros no existen ya, ni nadie los vió; por lo tanto, difícil es justipreciar la extensión de la largueza del benévolo Caudillo, en la ocasión que nos ocupa.

Este, y otros muchos detalles ridículos—verdaderas debilidades—que los biógrafos del Sr. Díaz han acumulado osadamente sobre su cabeza, debieron haberse omitido, se le debieron haber condonado, en gracia de sus buenos y prolongados servicios. Pero, después de la indiferencia de los contemporáneos, el mayor mal que pueda ocurrirle á un hombre ilustre, es el caer en garras de panegiristas indoctos. Los que escapan ilesos del insulto y la diatriva, perecen asfixiados entre los tentáculos cariñosos de los pulpos literarios.

Ya se sabe que la ruptura franca del Caudillo con el partido liberal puro, personificado en Juárez, fué hasta cierto punto festinada por el periódico oficial del Gobierno, quien imprudentemente aseveró, que Don Porfirio resuelto estaba á campear en pró de la LEY ELECTORAL de 14 de Agosto y las reformas constitucionales consultadas. Eso, naturalmente, hubiera podido afirmarse, *sin su permiso*, de cualquier militar leal, en servicio ó en disponibilidad, como en el caso que nos ocupa; mas, presumir lealtad de Díaz, *entonces*, fué una ceguedad apenas explicable. Ni siquiera respetuoso silencio era de esperarse; Ni él lo querría, ni sus "MANAGERS" le permitirían desaprovechar la

oportunidad que se presentaba, para salir á flote con algo sonado. Protestó Díaz con rudeza; y de esta suerte y por estos comienzos, quedó militante el híbrido "PARTIDO PORFIRISTA, "que fatal sería desde luego á la causa de la paz y del bien público; y, andando el tiempo, á la de la democracia y..... ¡seguridad misma de la Nación!

Su gestación subsecuente, queda ya ligeramente diseñada en lo que dejamos escrito.

Demasiado había aprendido el novel pretendiente, en su ya larga carrera militar, para que sus maquinaciones se hubieran concretado á registrar bajo sus banderas los nombres de diez ó quince generales de viso. De haberlo hecho, ó haber encomendado la revuelta á éstos, exclusivamente, el fracaso hubiera sido inmediato; casi tan inmediato como si él mismo se hubiera puesto en campaña. Es más fácil apabullar grandes que pequeños: las barreras que detenían ante las puertas de Corinto á los soldados de Lisandro, las liebres las franqueban sin dificultad, según pudo observar oportunamente, éste general insigne. Donde generales de renombre hubieran resultado demasiado voluminosos, en un movimiento incipiente, los *coroneles* podían moverse con holgura. Y así fué que el General Mejía, si bien logró apoderarse de Puebla, apenas si opuso resistencia digna de tal nombre á las armas federales.

En virtud de consideraciones análogas, el Sr. Gral. Díaz dispuso, de acuerdo con sus consejeros, que los generales no se prodigaran, dejando las maniobras iniciales á los jefes de inferior graduación. De esta suerte el incendio se propagaría de una manera lenta, pero segura; ineficaz, pero debilitante.

Cosa era bien sabida que el gobierno de Juárez estaba casi exhausto; no podría resistir muchas sangrías. En cambio, los revolucionarios podrían proporcionárselas sin experimentar contra-efectos desagradables, merced á las condiciones excepcionalmente favorables que el país brindaba á los del oficio.—Porque, en nuestras revueltas políticas, el soldado de línea, que vivia á expensas del Fisco, anduvo siempre más mal parado que el revolucionario, el cual

medraba á costa del país; esto es, de la extorsión y el pillaje. Cuando el soldado de línea perecía de inanición, el revolucionario, abundante en ganado, dejábalo á medio consumir en los agostaderos.

En consideración á lo expuesto, no parecerá extraño que, ya á comienzos de 1868, se hubiera pronunciado, en Yucatán, el Coronel Villafranca; al cual pronunciamiento sucedieron los de los *coroneles* Francisco Aguirre y Pedro Martinez, en San Luis Potosí; Martinez (Angel), Palacios y Granados, en Sinaloa; y Mendoza en Veracruz. A estos movimientos sediciosos, deben añadirse los más serios de Negrete, Rivera y García de la Cadena. Por fortuna el Gobierno contaba con las leales espadas de Rocha, Vélez, y Alatorre, quienes supieron reprimir con brazo de hierro, las primeras tentativas audaces de los porfiristas.

He allí la difícil pendiente por que se arrojaba un militar heroico, hasta aquella fecha á todos simpático, querido de todos, y de limpios antecedentes. ¡He allí el uso que iba á hacer de una nombradía envidiable!—Ni aun el triunfo le compensaría de la pérdida de su honor como militar honrado y fiel á las instituciones de su patria.

Ahora, en la cumbre, en el mareo, olvida, quizás, que HOY no es MANANA, que su obra aún no se conoce más que por los resultados inmediatos—*no* finales—y que, por lo tanto, la historia de sus últimos treinta años, AUN NO ESTA ESCRITA.

¡Miserable tarea para el que la emprenda, dentro de un cuarto de siglo!

:o-o-o: